

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 reales trimestre.

INSTRUCCION.—RECREO.—UTILIDAD.

Quince regalos cada mes.

ADVERTENCIA.

Causas independientes de nuestra voluntad han retardado la publicacion del presente número.

SUMARIO.—El por qué de algunas cosas de Sevilla, por don R. de Vida.—Historiemos y concluyamos, por don M. J. Ruiz.—El ramo de flores, poesia, por el Marqués de Cabriñana.—Pensamientos.—La noche, por don M. J. Ruiz.—El Guadalquivir al amanecer, soneto, por don F. Simancas y Fe nandez.—La señorita la Valliere.—¡El último adiós! poesia, por don M. J. Ruiz.—¡Nació en Martes...! por don Francisco de Asis Pacheco.—Miscelánea.—Regalos.—Efemérides.

EL POR QUÉ DE ALGUNAS COSAS

DE SEVILLA.

CARTAS A FERNAN CABALLERO.

CARTA II.

Por qué no hay bancos en la Catedral de Sevilla.

Supuesto que habeis admitido con vuestra natural benevolencia, mi querido Fernan, el proyecto de mis cartas, necesario es empezar esta medio correspondencia, y me parece que ningun *por qué*, es mas propio y oportuno para comienzo de ella, que la contestacion á una pregunta que de seguro no deja de hacerse ninguno de los de esa innumerable muchedumbre de propios y estraños que visitan nuestra Basílica. ¿Por qué no hay asientos en la Catedral?

Esta pregunta, que tambien me hice yo la vez primera que pisé el recinto de ese templo, cuya magestad y grandeza demuestran la realizacion del último esfuerzo de la voluntad del hombre, para hacer una cosa digna del Ser á quien lo dedicó; esa pregunta que volví á repetirme, cuando hace algunos años leí en un periódico una crítica acerba contra un individuo del clero catedral que habia indicado á una dama que en la Patriarcal Iglesia no podian tolerarse sillas, que en los demás templos se permiten, estimulando mi curiosidad, me hizo dedicarme á investigar é inquirir el origen de una costumbre, cuya razon, por entonces, nadie supo darme.

La inutilidad de mis esfuerzos no me desanimó; yo sabía que la Iglesia nada hace sin especial razon y avivó mi curiosidad el leer, que antes y durante la primera mitad del pasado siglo, la Catedral y especialmente el crucero estaba poblado de multitud de bancos de piedra que muchas veces en los sombríos rincones eran lugares de citas nada edificantes, pero que la costumbre hacia mirar con indiferencia no creyéndolo profanacion, de la misma manera que nuestra culta sociedad convierte en paseo público el santo lugar de la oracion y recogimiento ínterin escucha las melodías del *Miserere* de Eslava.

¡Cuán triste y desconsoladora es la idea, mi querido Fernan, cuánto humilla la orgullosa razon del hombre la consideracion de que, esclavos de nuestras pasiones é intereses necesitamos para recordar el deber, sentir el látigo de la autoridad ó el azote de la Providencia! La desaparicion de aquellos bancos está ligada con el recuerdo de una catástrofe que inundó de lágrimas la Europa, y la cubrió de ruinas.

Corría el último tercio del año de 1755 y era la mañana de día 1.º de Noviembre en que el pueblo cristiano celebra la fiesta de Todos los Santos, en la que la Iglesia Patriarcal despliega el lujo y magnificencia de sus ritos de primera clase, é inútil es decir, que su estenso ámbito se miraba henchido por esa multitud que nunca se cansa de admirar sus pompas. Acababan de dar las diez: el órgano, los instrumentos y las voces de la capilla cantaban los *Kiries* de la misa conventual que se decia, cuando de repente y al pronto sin acertar nadie la causa, cesó aquel torrente de armonías, que fué sustituido por un silencio sepulcral, en medio del que se percibió claro y distinto, hácia la parte de Poniente, un ruido pavoroso como el rodar de los trenes de artillería, esas carrozas de triunfo en que la muerte pasea los campos de batalla.

Luego, ó por mejor decir, simultáneamente, pareció como que la tierra huía bajo las plantas de los que llenaban el templo: gimió el coloso de granito al conmoverse sus cimientos, y las gigantescas palmeras de piedra que lo sostienen, al mecer sus macizas copas, sacudiendo el barandaje, agujas y pirámides que esteriormente lo adornan, cayeron sobre las

bóvedas con un estrépito igual á la descarga de una batería de brecha.

Misericordia, Señor, misericordia, pronunciaron todos los lábios con angustia; *Confesion*, dijeron á grandes voces los de conciencia intranquila, y presa todos del miedo, con el delirio del espanto, sin cuidar mas que de sí, abandonándose padres, hijos, esposos y hermanos, lanzáronse á las puertas en tumulto y se derramaron por los alrededores, aumentándose su terror con el incesante bamboleo de los edificios, las nubes de polvo y la lluvia de fragmentos que se desprendía de ellos. Y sin embargo, en medio del trastorno de la naturaleza, cuando la tierra temblaba quizás al solo impulso de una mirada severa del Señor, el sordo mujir del terremoto repetía á los corazones justos las palabras de la bondad eterna: *Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*. Y así lo demostraba su misericordia infinita, pues la muerte que á tantos amagaba, solo ejerció su poder en dos párvulos, uno ahogado por la multitud en el bullicio de una puerta de salida, y otro á quien mató en gradas un ladrillo de los que se desprendian de las azoteas.

Siento, mi querido Fernan, que las dimensiones de EL TESORO me obliguen á suspender mi relato apenas empezado; mas no importa, supuesto que este *por qué* deberá ocupar muchas mas cartas.

R. de Vida.

Sevilla.—1867.

HISTORIEMOS Y CONCLUYAMOS.

Al escribir el artículo que dedicamos á *La Crónica* en el número anterior, nos propusimos dar por terminada la polémica que con aquel periódico venimos sosteniendo, no porque nos faltaran razones con que poner aun mas de relieve todavía el móvil que le impulsa á hacernos una guerra indigna, sino porque temiamos abusar de la benevolencia de nuestros lectores insistiendo en una cuestion que, viciada por *La Crónica*, no puede menos que desagradar á cualquier persona de recto juicio y sana razon. Pero al ver á este periódico faltar á su segundo propósito de enmienda usando un lenguaje poco ajustado á las buenas prácticas pe-

riodísticas, no hemos podido resistir la tentación de llamar la atención de las personas que con mayor ó menor interés hayan seguido el curso de la controversia que hoy damos por definitivamente terminadas hacia los sueltos que el *culto* periódico de la calle del Cister nos ha dedicado en su número del Miércoles último, puesto que ellos dan la medida de su *ilustración y esquisito taeo*.

Cortesés siempre aun con nuestros adversarios, podíamos haber hecho uso en el curso de la polémica de las armas del ridículo para poner en evidencia á quien, vengando *resentimientos* que jamás deben salir á la superficie en el terreno de la prensa, abusaba de esta con mengua del prestigio de la de Córdoba, desatándose en groseras calificaciones y arrastrando la cuestión al loda al de las personalidades, al que solo van los periódicos que no temen mancharse y que fundan su gloria en difamar á los que les dispensan el honor de decirles verdades que les ofenden y enfurecen; pero aunque de esas armas nos hemos valido, no hemos hecho uso del vocabulario á que tan aficionada se muestra *La Crónica* y que tan poco envidiable celebridad le ha dado. Si á su juicio esto le ha proporcionado el *triunfo*, nosotros no se lo disputaremos: nos considerariamos bajados con él ante las personas sensatas y desapasionadas.

La cuestión empezó por un error histórico cometido en un artículo que apareció en nuestras columnas y que rectificamos inmediatamente, aunque el citado artículo no procedía de nosotros, dando la razón á *La Crónica* porque no acostumbramos á negársela á quien la tenga.

Nuestro franco y leal proceder no satisfizo á este periódico, y deseoso de hostilizarnos, sin duda para castigar nuestra *ingratitude*, se dedicó á cazar erratas de imprenta y á disputar virulentamente sobre la patria de este ó el otro personaje, no con el objeto de demostrar con lo primero que está dotado de un ojo avizor ni de es laecer con lo segundo ciertas dudas históricas, sino con el muy trasparente fin de zaherirnos por causas que afortunadamente son de todos conocidas. El egoísmo lleva á veces á revestir en ciertas organizaciones los caracteres de la hidrofobia.

Nosotros, no pudiendo tomar en serio la violenta y apasionada crítica de nuestro *impeccable* colega, no hemos hecho otra cosa que irle arrancando pedazo á pedazo la máscara con que se cubrió desde el instante en que empezó la polémica con el ridículo objeto de aparecer muy distinto de lo que es en realidad, haciendo ver que su director, incapaz de sostener ningún género de polémica, había tenido necesidad de *mandigar* el *auxilio* de otras personas que valen infinitamente más que él, haciendo

gala de este modo de una *sabiduría* prestada.

Si hubiera procedido de buena fé, literariamente hablando, el periódico de la calle del Cister, hubiérase dado por satisfecho con la rectificación que hicimos á propósito de Barba-roja; pero el hecho de insistir uno y otro día tocando *variaciones sobre el mismo tema*, prueba evidentemente que la crítica de aquel error no ha sido otra cosa que el velo con que se quería cubrir un fin menos digno y menos noble. Había necesidad de combatir á una persona que había cometido el grave pecado de abrirse paso con su laboriosidad y su consecuencia á una esfera más elevada que la en que se encuentra *La Crónica*. Esto es todo, por más que este periódico trate de estraviar la opinión pública con su incesante chillar.

Pero, considerándolo atentamente, no podía esperarse otra cosa del *culto* papel que ha hecho del escándalo el escabel de su gloria, que no ha temido manchar las reputaciones adquiridas a fuerza de estudio y de perseverancia y que no se encuentra en su verdadero elemento cuando no tiene hiel donde mojar su pluma.

Tal es *La Crónica*.

Afortunadamente se le conoce lo bastante para que nadie se deje sorprender por sus declamaciones; y por lo tanto no creemos, por más que otra cosa diga, que pueda estar á su lado ninguna persona de recto juicio y de probada sensatez.

Hable cuanto quiera el tonto papel de las erratas, que nosotros prometemos solemnemente no ensuciar nos las manos con él ni dirigirle más nuestra palabra.

M. J. Ruiz.

A UN RAMO DE FLORES.

Fragante ramo de pintadas flores,
Que sellaron los labios de una hermosa
Prendada de tus vívidos colores,
Con blando beso de pasión fogosa;
Si en torno de tus hojas los amores
Revolaron cual linda mariposa,
Suavísimos perfumes dando al viento,
Fué porque el seno palpitante abriste,
Y el ambar aspirando de su aliento,
El dulcísimo beso recogiste.

El Marqués de Cabriñana.

PENSAMIENTOS.

La consideración para las mujeres es la medida del progreso de las naciones en la vida social.

Donde las mujeres están consideradas, los hombres son libres y virtuosos.

Un libro bueno y una mujer buena,

corrigen muchos defectos; una mujer mala y un libro malo dañan no pocos corazones: hay hombres que en uno y otro caso no consideran más que la encuadernación. ¿Tienen luego razón para quejarse si son engañados?

La mujer sería un fenómeno de la naturaleza, si fuese tal como la arregla la moda.

Las mujeres toman adornos de la moda que si la naturaleza se los hubiera dado, serian verdaderos defectos.

El amor, que no es más que un episodio en la vida del hombre, es la historia en era en la vida de la mujer.

Tres épocas tienen las mujeres para el baile: en la primera, cuando *niñas*, bailan por bailar; bailarían con una silla; en la segunda, cuando *jóvenes*, bailan para buscar marido; en la tercera, cuando *viejas*, bailan para recordar las locuras de la juventud.

El candor es la mitad de la belleza.

La mujer bella es el paraíso de los ojos, el infierno del alma y el purgatorio del bolsillo.

El bien más precioso de una mujer es el amor de su marido.

Las mujeres tienen el génio de la caridad. Un hombre cuando dá, solo dá su oro; pero la mujer añade el corazón. Una moneda en manos de una mujer buena, consuela más pobres que ciento en manos de un hombre. La caridad femenina renueva cada día el milagro de la multiplicación de los panes.

En amor no son los que ceden los que más aman, sino los que resisten.

Una mujer no debe contentarse con el timonio de su conciencia; debe buscar también el del mundo.

El hombre celoso no es el amante que ama; es el propietario que se incomoda.

LA NOCHE.

Todos los poetas han cantado á la noche. Diríase que los alumnos de las musas son protectores del *oscurantismo*.

Pero ello es que algo bueno debe tener la noche, cuando tan crecido es el número de sus apasionados y tal *bombo* se le dá.

Y, bien estudiado el asunto, la noche es una gran cosa. Puede decirse que es la capa de la humanidad.

Y ya saben nuestros lectores cuántas cosas *tapa* una capa.

Esto no quiere decir que sean malas *todas* las cosas que la noche oculta.

Siempre ha habido en todo honrosas excepciones.

Dejojad á la sociedad de ladrones y asinos, de Páris y Helenas, de esposas-serenos y de maridos aventureros; prohiba-

se la colocacion de rejas bajas en los edificios; suprimanse ciertos *gatuperios* que tuvieron su origen, gracias á la astucia de la serpiente, en el paraiso terrenal, y entonces la noche será digna de los cantos del poeta, del bombo de los gacetilleros y de las alabanzas de todos los nacidos.

Basta que la noche sea oscura para sospechar que oculta muchos *misterios*.

Si fuera posible proveernos de un cristal mágico que nos permitiera ver desde la region de los euros todo lo que pasa en el mundo durante la noche, ¡cuántas cosas espeluznantes llegaríamos á descubrir que quedan envueltas entre las sombras del misterio!

Si estuviésemos seguros de no incurrir en el desagrado de los enamorados y los ladrones, que son los mas acérrimos partidarios de la noche, y le fuera dado al hombre trastornar el orden admirable de la naturaleza, nosotros pediríamos la supresion de la noche.

Admiradores de la luz, queremos la luz en todo. Nada de sombras, nada de misterios, porque estos dan lugar á la desconfianza.

Y hé aquí resuelto, sin saber cómo, un problema de economía. Suprimida la noche no habria necesidad de serenos ni de alumbrado, la estadística criminal quedaria reducida á exiguas proporciones, y dicho se está con esto que serian perfectamente inútiles la mitad de los tribunales de justicia.

Poco importa que la supresion de la noche cercenase las *libertades* que en ella se toman los amantes, si de esto podia resultar el perfeccionamiento de las costumbres.

Pero puesto que la noche es una necesidad, en sentir de la mayoría de los hijos de Adán, nosotros, que acatamos la ley de las mayorías, nos adherimos á los sentimientos de aquella, y no tenemos inconveniente alguno en aceptar la noche como una necesidad para encubrir ciertas cosas que harian asomar el carmin de la vergüenza á la faz del amigo Febo.

¡Noche, protectora de los tímidos y aguijon de los osados... bendita seas!

M. J. Ruiz.

EL GUADALQUIVIR, AL AMANECER.

Cuán grato es ver en tu rizada frente
La moribunda luna retratada,
Y al brillo de la aurora regalada
La espuma que festona tu corriente.
Ya las aves saludan la naciente
Y tibia luz del alba sonrosada;
Ya en tu ribera plácida, encantada,
El fresco aroma de la flor se siente.
¡Arcángel Rafael! desde la orilla
Que alegre besa el espumante río
Donde tu imagen refulgente brilla,
En dulcísimo, ardiente desvarío

Doblando fervoroso la rodilla,
Ante el sol y ante tí, mi voz te envío
F. Simancas y Fernandez.

LA SEÑORITA DE LA VALLIERE.

(Conclusion.)

Durante algun tiempo el monarca se entregó completamente á ella; pero poco á poco la fué abandonando para ligarse á las cadenas de madama de Montespan, y en la época de la guerra de Holanda... Luis solo hablaba á la pobre muger porque vivian sus hijos. La Valliere lo sabia; pero el amor que profesaba al rey, y que no podia ahogar en su corazón, le obligaba á soportar con paciencia, primero la igualdad y despues la preferencia dispensada ante ella á su rival. Tan cruel desengaño las imó vivamente su corazón y se decidió á sepultarse para siempre en un claustro, idea que abrigaba hacia ya mucho tiempo; mas esta resolucion encontró al principio graves obstáculos, pues la corte se dividió en dos bandos de opiniones encontradas. Unos, entre ellos Beaubilliers, le exortaban á dar un grande ejemplo; y otros, le aconsejaban que se retirarse simplemente á una comunidad religiosa, aunque sin ligarse con votos. Su madre pretendia que se encargase ella misma de la educacion de sus hijos; pero su resolucion era irrevocable. Se la propuso, pues, que al tomar el velo escogiese una orden que la permitiese llegar á una de las primeras dignidades, y contestó «que no habiendo sabido dirigirse á sí misma, no debia pensar en dirigir á los demas.» Se la propusieron enlaces ventajosísimos, y su pertinacia en no aceptarlos dió lugar á aquella frase de Saint-Simon que esplica, con un solo rasgo, el insuperable orgullo de Luis XIV.

«Callad, señores, que el rey despues de haber tratado con la Valliere, solo puede permitir que se entregue á Dios.»

Abandonó, pues, la corte el 19 de Abril de 1674 despues de haber cenado en el gabinete de su rival, y se encerró para siempre en el convento de las carmelitas donde profesó en presencia de toda la corte, con el nombre de *Sor Luisa de la Misericordia*. Vivió treinta y seis años en las prácticas mas penosas de la vida religiosa, en la cual encontró consuelos á su afligido corazón. La misma madama de Montespan, su rival, iba á veces á buscarlos á su lado.

—¿Es cierto, la preguntó un dia, que sois tan feliz como se dice?

—Si no soy feliz, contestó la Valliere, á lo menos estoy contenta.

La Valliere dejó una hija, la señorita de Lois, que casó despues con el prínci-

pe de Conti, y á Luis de Borbon, conde de Vermandois, jóven tan alt nero, presuntuoso y libertino, que el rey se vió obligado á desterrarle de su lado. Volvia, sin embargo, á recuperar de su padre el perdido favor, cuando una aguda enfermedad le arrebató en 1688.

El célebre Bossuet fué el que se encargó de ir al convento y comunicar á la Valliere la muerte de su hijo.

—«Ah! exclamó, la humilde carmelita al saberlo, prosternándose delante de un crucifijo: es necesario que yo llore su muerte antes de haber llorado bastante su nacimiento.»

Despues de la retirada de la Valliere, madama de Montespan fué la única dueña del corazón de Luis XIV; pero no gozó mucho tiempo de su triunfo, porque al poco tiempo fué abandonada por una distinguida jóven que llegó á la corte adornada de todos los atractivos del talento y de la belleza. El monarca, olvidándose de lo que debia á su reputacion como hombre y á su dignidad como rey, se enamoró perdidamente, y, á la edad de cuarenta y dos años, empezó á hacer el ridiculo papel de un jóven galanteador poniendo á la nueva favorita en una casa solerbiamente amueblada, y distinguiéndola al propio tiempo con el título de duquesa de Fontanges. Tuvo esta un hijo que murió poco despues de haber visto la luz, y ella misma cayó en una postracion que la llevó al sepulcro á la temprana edad de diez y nueve años y medio.

La muerte de la esposa de Luis XIV, Maria Teresa de Austria, fué la señal de la ruptura entre el rey y la Montespan que, abandonada por el monarca, siguió viviendo en París despreciada de su marido que no quiso verla.

De todas las amantes de Luis XIV creemos que ninguna es merecedora del aprecio universal mas que la señorita de la Valliere. Ella sola, entre tantas, fué la que sucumbió despues de una lucha terrible consigo misma subyugada por la pasion que aquel rey la inspirara; solo ella, verdaderamente arrepentida, fué la que lloró en la soledad del claustro las debilidades de su juventud.

Las demás no obraron por amor, sino por egoismo, por afán de miedo; por consiguiente, merecen nuestro mas completo olvido, ya que la debilidad natural de su sexo las ponga al abrigo de nuestro desprecio.

¡EL ÚLTIMO ADIOS!

A***

¡Cómo tornar é verte, blanca rosa,
Muger que un mundo de ilusion me diste.

Si ya nublaste mi esperanza hermosa
Y eterno abismo entre los dos abriste?
¿Quieres tal vez con risa desdeñosa
Matar al fin el corazón que heriste?
¿O acaso con frenética alegría
Mis penas insultar y mi agonía?

No, no, muger! Con mi dolor luchando
Quiero volar a donde no te vea,
A una remota playa dó llorando
La muerte sola mi esperanza sea:
Donde el mundo mi duelo no insultando
Sobre mi frente mi pasión no lea,
Y en medio de la paz que al alma engríe
Nunca un recuerdo de mi amor te envíe.

Yo guardaba en mi pecho con orgullo,
Para tí nada más, puros amores,
Como guarda la rosa en su capullo
Su néctar virginal y sus olores.
Yo de tu acento me adormí al arrullo;
Yo admiré de tus ojos los fulgores,
Y aspirando el aroma de tu aliento
Soñé quimeras y gocé un momento

Mas ¡ay, muger! que cuando así tan bella
Te amaba en leda paz el alma mía,
De mi destino la contraria estrella
Para siempre mató mi idolatría:
Y mi canto de amor tornó en querrela,
Y en lágrimas amargas mi alegría;
Y cuando al fin quisiera ya olvidarte
Ni puedo aborrecerte ni adorarte...

Ay! que tu amor envenenó la fuente
De mi existencia que feliz pasaba,
Cuando en dulce sosiego su corriente
Entre esperanzas mil rica brotaba!
Ay! que no pude con serena frente
El Etna sofocar que él inflamaba!
Ay! que será por siempre en mi memoria
Página negra de mi negra historia!

Adios, adios, muger! Aquí cerremos
De nuestro amor la página sombría,
Y jamás en la mente recordemos
Nuestras pasadas horas de alegría.
Y nuestros nombres al olvido demos
Sin que hermosa esperanza nos sonría,
Que yo en mitad de mis dolores tristes
Olvidaré, tal vez, hasta que existe.

1859. M. J. Ruiz.

INACIÓ EN MARTES...!

DISPARATE LITERARIO EN ONCE PÁRRAFOS.

I.

José nació en la noche de un Martes del caloroso Junio de 183... en un pequeño pueblo de Aragón.

Los padres de José eran pobres, casi vivían en la indigencia. Esta fué la primera desgracia de José.

Había nacido con la miseria por compañera.

Y... cómo no, si nació en Martes?

Esto también, al decir de las viejas del pueblo, era una desgracia.

Pero vamos á nuestra historia.

José fué bautizado, y al salir de la Iglesia la muger que en sus brazos le llevaba, tropezó y cayó, y la sangre del tierno in-

fante corrió abundosa, manchando sus blancas vestiduras.

II.

La menor edad de nuestro celeberrimo personaje trascurrió como pueden ustedes figurarse.

Hoy venía á su casa moqueando porque el hijo del boticario le había tirado á la cabeza un frasco lleno de goma, y el pobre chico con la mollera rota y engomado completamente, se reclinaba en las faldas maternas, mientras su padre le lanzaba iracundo una mirada y le decía:

—Voto á...! ¡Collon! Por qué no le has roto el alma?

Y el pobre José lloraba, y pateaba, y gruñía, y juraba romper, no digo el cuerpo, sino el alma al que se propasase con él; pero ni por esas: al día siguiente el hijo de la tía Melchora, que era aprendiz de zapatero, le dió con el tirapié una tunda de padre y señor mío, porque le dijo que su madre era una bruja.

III.

Pero hay que advertir una cosa.

José, si bien era asaz desgraciado en aquellas de sus empresas en que dominaba la fuerza, era estudioso como el que más.

Cuando nuestro héroe hubo cumplido los diez años, el dómíne que lo había enseñado á leer, escribir, doctrina y rudimentos de latin, creyó á su alumno hecho todo un *magister*, y díjole á su padre:

—Mire usted, señor Juan, su hijo ya lo *sabe todo* y es menester que decida usted de su suerte.

—¿Qué dice usted, señó Alejo? La suerte de mi José está ya decidida. Voy á decirle mi *presuncion*, y usted verá que lo que me *persumo* sobre este asunto es bueno, muy bueno. Ya sabe su mercé que yo... mi padre fué un pobre que destripando terrones se ganó todo lo que me dejó, consistente, como dice el señor *esquirbano*, en una mula coja y un retrato del general... Queriega...

—Quiroga querrá usted decir.

Sí, eso es. Pues como iba diciendo, mi abuelo, y mi padre, y yo nos hemos ganado el pan cava que cava, y por esto me parecía *rigular* que mi hijo llevase el mismo camino. Pero sepa su mercé que desde que oí á usted y á mi muger decir que puede ser hombre de letras y algún día *menistro*...

—Si, señor, está en lo posible; pero eso de llegar á ser ministro... Sabe usted lo que es eso?

—¡Pues no he de saberlo! Mire usted, yo digo que si mi hijo mañana ó el otro ha de poderse ganar con menos *suores* un pedazo de pan, por qué no ha de hacerlo? Sería una *tontuna* que no lo hiciese. Así, quiere decir que lo enviaré á donde usted me diga á ver si pica, y si no pica ¡qué hemos de hacer! Paciencia y bajarar!

—Habla usted como un libro, señó Juan, exclamó apareciendo ante nuestros dos personajes el albeitar del pueblo.

El padre de nuestro héroe, el maestro de escuela y el albeitar, comenzaron á hablar de política; mas como esto nada nos interesa, dejémoslos en su conversacion y vamos nosotros á seguir el hilo de nuestra historia

Francisco de Asis Pacheco.

(Continuará.)

MISCELÁNEA.

Háblase de la formación en esta capital de una *sociedad ó compañía* para la publicación de un nuevo periódico literario. Nos felicitamos de que EL TESORO haya despertado semejante idea.

Se han abierto al público los baños en la ribera del Guadalquivir. Suponemos que esto le será indiferente á las personas que tienen por castigo la *frescura* en todas las estaciones del año.

¿Por qué no me dejas ir á París, esposo mío, en el tren de ida y vuelta?

—Porque espero para enviarte á que pongan un tren de ida sin vuelta.

Hay quien la mano nos tiende
y nos llama sus amigos,
creyendo estar en el mundo
en un carnaval continuo;

REGALOS.

Los respectivos al mes corriente se adjudicarán en el sorteo de la lotería que habrá de celebrarse el día 27 del mismo. Entrarán en suerte desde el 1 al 6,100.

EFEMÉRIDES.

Día 22 de Julio.—1832. Muerte del duque de Reichstadt (Napoleón II) en Schœbrunn.

Día 23.—1812. Napoleón bate á los rusos en Smolensk.

Día 24.—1568. Muere el príncipe don Carlos de Austria, hijo de Felipe II, á la edad de 23 años y 16 días.

1798.—Batalla de Aboukir.

Día 26.—1405. Recibe el agua del bautismo en Toro don Juan II.

1593.—Entrada de Enrique IV en París.

Día 27.—1830. El pueblo de París defiende la Carta contra los soldados de Carlos X.

Día 28.—1326. Alfonso XI espide un ordenamiento en favor de los prelados reiterándoles su especial predilección.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de El Guadalquivir, Pescadores, 17.